



unánimes

# Estudios bíblicos

P: Carta a los Efesios

14.- El sometimiento mutuo



unánimes

Estudios Bíblicos

P.14.- El sometimiento mutuo

## 1. El texto

### **Efesios 5:21-33**

*Someteos unos a otros en el temor de Dios.*

*Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.*

*Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio, pero yo me refiero a Cristo y a la iglesia. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.*

## 2. Introducción

Leyendo este pasaje en el siglo XX uno no se puede dar cuenta plenamente de lo maravilloso que es. A lo largo de los años, el sentido cristiano del matrimonio se ha llegado a aceptar ampliamente. La mayoría todavía lo reconocen como un ideal aun en estos días permisivos. Incluso cuando en la práctica se está muy lejos de alcanzar ese ideal; siempre ha estado presente en las mentes y en los corazones de las personas que viven en un ambiente cristiano. El matrimonio se considera la unión perfecta de cuerpo, mente y espíritu entre un hombre y una mujer. Pero las cosas eran muy diferentes cuando Pablo escribía. En este pasaje Pablo estaba proponiendo un ideal que brillaba con una pureza radiante en un mundo inmoral.

Consideremos brevemente la situación en que Pablo escribió este pasaje. Los judíos tenían una opinión baja de las mujeres. En la oración de la mañana se incluía una frase en la que el varón judío daba gracias a Dios por no haberle hecho «gentil, esclavo o mujer.» Para la ley judía una mujer no era una persona, sino una cosa. No tenía ningunos derechos legales; era posesión absoluta de su marido, que podía hacer con ella lo que quisiera.

Los judíos tenían en teoría el ideal más alto del matrimonio. Los rabinos tenían algunos dichos como estos. «Un judío debe entregar su vida antes que cometer idolatría, asesinato o adulterio.» «El mismo altar vierte lágrimas cuando un hombre se divorcia de la mujer de su juventud.» Pero en los días de Pablo el divorcio se había generalizado trágicamente.

La ley del divorcio se resume en la Torá:

**Deuteronomio 24:1**

*Cuando alguien toma una mujer y se casa con ella, si no le agrada por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, se la entregará en la mano y la despedirá de su casa.*

Está claro que todo dependía de cómo se interpretara la frase alguna cosa indecente. Los rabinos más estrictos, siguiendo al famoso Shammai, mantenían que quería decir adulterio, y nada más; y declaraban que, aunque la mujer fuera tan malvada como Jezabel, su marido no se podía divorciar de ella nada más que por adulterio. Los rabinos más liberales, siguiendo al igualmente famoso Hillel, interpretaban la frase de la manera más amplia posible. Decían que quería decir que un hombre se podía divorciar de su mujer si ella le echaba a perder la comida poniendo demasiada sal, o si salía a la calle con la cabeza descubierta, o si hablaba con otros hombres en la calle, o si hablaba mal de los padres de su marido, o si era alborotadora o rencillosa o pendenciera. Un cierto Rabí Aqiba interpretaba la frase si ella no encuentra gracia en sus ojos en el sentido de que el marido podía divorciarse de su mujer simplemente porque había encontrado otra más atractiva. Es fácil suponer cuál de las dos escuelas de pensamiento tuvo mayor seguimiento.

Dos hechos ponían las cosas peor en la ley judía. El primero, que la mujer no tenía posibilidad legal de divorciarse, excepto si su marido contraía la lepra, o era apóstata, o se dedicaba a un negocio repugnante, como el de curtidor, que conllevaba el recoger y usar excremento de perro. Hablando en general, el marido, bajo la ley judía, podía divorciarse de su mujer por cualquier razón, pero la esposa no podía divorciarse de su marido por ninguna razón.

Segundo, el procedimiento del divorcio era desastrosamente fácil. La ley de Moisés decía que el hombre que quisiera divorciarse de su mujer no tenía que hacer más que entregarle una notificación escrita que dijera: «Que esto sea la nota de divorcio y la carta de despedida y el documento de liberación para que puedas casarte con quien quieras.» Todo lo que el marido tenía que hacer era entregarle en mano a su mujer en presencia de dos testigos esa nota de divorcio y el divorcio quedaba consumado. La otra única condición era que tenía que devolver la dote de su mujer.

En el tiempo de Jesucristo, el vínculo matrimonial estaba en peligro hasta entre los judíos hasta tal punto que la misma institución del matrimonio estaba amenazada, porque las jóvenes judías se negaban a casarse, debido a que su posición como esposas era incierta.

La situación era todavía peor en el mundo griego. La prostitución era una parte esencial de la vida griega. Demóstenes había establecido lo que era una norma de vida aceptada por todos: “Tenemos cortesanas para el placer, concubinas para la cohabitación diaria y esposas para tener hijos legítimos y una guardiana en los asuntos de nuestro hogar”. La mujer llevaba una vida de reclusa en las clases respetables. No tomaba parte en la vida pública; no salía nunca sola a la calle; no aparecía en banquetes o en ocasiones sociales; tenía sus habitaciones privadas a las que no tenía acceso nada más que su marido. Y todo esto, como decía Jenofonte, “para que viera lo menos posible, oyera lo menos posible y preguntara lo menos posible.”

Una mujer griega respetable estaba educada de tal manera que resultaba imposible la compañía y la conversación en el matrimonio con ella. Sócrates decía: “¿Hay alguien a quien le confíes cuestiones más serias que a tu mujer? ¿Y hay alguien con quien hables menos?” A Vero, el colega imperial del gran Marco Aurelio, su mujer le echaba en cara el que se relacionara con otras mujeres y la respuesta de él era que ella tenía que darse cuenta de que la posición de esposa tenía que ver con el honor, no con el placer. Los griegos esperaban que la esposa gobernara el hogar y se cuidara de los hijos legítimos, pero ellos se buscaban el placer y la compañía en otro sitio.

Lo que ponía las cosas todavía peor era que no había en Grecia un procedimiento legal de divorcio. Como decía alguien, el divorcio era cuestión de capricho. La única seguridad que tenía la esposa era que el marido tenía que devolver la dote. La vida de hogar y de familia estaba a punto de extinguirse y la fidelidad ya no existía.

Las cosas estaban todavía peor en Roma; la degeneración era trágica. Durante los primeros quinientos años de la república romana no se había dado ni un solo caso de divorcio. El primero del que se tiene noticia fue el de Spurius Carvilius Ruga, el año 234 a.C. Pero en los días de Pablo la vida romana de familia estaba deshecha. Séneca escribe que “las mujeres se casaban para divorciarse y se divorciaban para casarse”. Los habitantes de Roma no fechaban los años con números, sino con los nombres de los cónsules. Séneca dice que las mujeres fechaban los años por los nombres de sus maridos. Marcial cuenta que una mujer había tenido diez maridos; Juvenal refiere que una había tenido ocho maridos en cinco años; Jerónimo dice que era verdad que en Roma había una mujer que se había casado con su vigésimo tercer marido y ella era su vigésima primera esposa. Nos encontramos con que una mujer le pedía al emperador romano Augusto que se divorciara de Livia porque ella iba a tener un hijo suyo. Encontramos que hasta Cicerón, en su ancianidad, se divorció de

su mujer Terencia para casarse con una heredera joven cuyo albacea era él mismo, para disponer de la herencia de ella para pagar sus propias deudas.

Eso no es decir que no existiera la fidelidad. Suetonio cuenta que una dama romana llamada Mallonia se suicidó antes que rendirse al emperador Tiberio. Pero no es demasiado decir que el ambiente general era de adulterio. El vínculo matrimonial estaba en vías de desaparecer.

Ese era el trasfondo cuando Pablo escribía. En este precioso pasaje no estaba exponiendo ideas que todo el mundo aceptara. Estaba llamando a las personas a una nueva pureza y a una relación nueva en su vida matrimonial. No se puede exagerar el efecto purificador del cristianismo en el hogar en el mundo antiguo, ni los beneficios que trajo a las mujeres.

### 3. El sometimiento

*Someteos unos a otros en el temor de Dios.*

Veza tras veza nuestro Señor, cuando estaba en la tierra, enfatizó este mismo pensamiento, es decir, que cada discípulo debía estar dispuesto de ser el más pequeño y lavar los pies (servir) a los otros discípulos. El mismo pensamiento se expresa substancialmente en la carta que Pablo envía a la iglesia en Roma cuando dice: “en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” y a la iglesia en Filipos dice: “no (haciendo) nada por ambición personal o por vanagloria, sino, con una actitud humilde, cada uno estimando al otro como mejor que él mismo”.

El afecto de los unos para con los otros, la humildad y el ánimo pronto para cooperar con los otros miembros del cuerpo, son las virtudes que se hallan implicadas aquí en el texto que estudiamos. El pensamiento del pasaje hace recordar lo que el apóstol había dicho anteriormente en el capítulo 4 de esta misma epístola: “*con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*”. Pablo sabía por la experiencia lo que podría suceder en una iglesia si esta regla se desobedecía. Por tanto, enfatiza el hecho de que “en reverencia a Cristo”, vale decir, con una consideración consciente de su voluntad claramente revelada, cada miembro del cuerpo debe voluntariamente reconocer los derechos, necesidades y deseos de los otros. Así los creyentes estarán en condición de presentar un frente unido al mundo, será promovida aquella bendición de una verdadera comunión cristiana y Dios en Cristo será glorificado.

### 4. La sujeción de las esposas

*Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor,*

Este es uno de los textos más controversiales del Nuevo Testamento dada la beligerancia del mal entendido feminismo y de las tendencias modernas de esta sociedad post moderna.

No existe en la tierra institución más sagrada que la familia. Ninguna es tan básica. Según sea la atmósfera religiosa en la familia, así la será en la iglesia, la nación y la sociedad en general. Ahora bien, con bondadosa comprensión de la mujer, el Señor, que sabe perfectamente que dentro del núcleo familiar la mayor parte del cuidado de los hijos descansa sobre la esposa, se agradó en no sobrecargarla. Es por esto que colocó la responsabilidad fundamental en lo que respecta a la familia sobre los hombros del esposo, de acuerdo a las dotes que le fueron dadas en la creación.

Entonces aquí, por medio de su siervo, el apóstol Pablo, el Señor asigna a la esposa el deber de obedecer a su esposo. Tal obediencia ha de ser una voluntaria sumisión de su parte y esto solamente a su propio marido, no a cualquier hombre. Lo que facilita esta obediencia, por otro lado, es que se le solicita hacerlo “como al Señor”, es decir, como parte de su obediencia a Él, el mismo que murió por ella. Al hacerlo “en el Señor” también coloca el mandato dentro de la voluntad divina, esto es, si el marido no se conduce “en el Señor” la mujer no está obligada a sujetarse en aquellos aspectos en que el marido transgrede la voluntad divina. Prosigue:

## 5. El énfasis en la cabeza de familia

*...porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador.*

Un hogar sin cabeza es una invitación al caos, también lo es cuando hay dos cabezas. Es causa de desorden y desastre peor aun que el que se produce cuando una nación se halla sin gobernante o un ejército sin comandante. Por excelentes razones le plació a Dios asignar al esposo la tarea de ser cabeza de la esposa y por tanto de la familia. Esto de ser cabeza, además, implica algo más que sólo tener el mando. Este texto puede resultar sorprendente para los que han tenido la costumbre de enfatizar la autoridad del esposo sobre la esposa. Indudablemente él tiene tal autoridad y le corresponde ejercerla, pero nunca en forma dominante. La comparación de Cristo como la cabeza de la iglesia revela el sentido en que el marido es la cabeza de la esposa. Es su cabeza en cuanto a estar vitalmente interesado en el bienestar de ella. Es su protector. ¡Su modelo es Cristo quien, como la cabeza de la iglesia, es su Salvador!

Lo que Pablo quiere decir, entonces, equivale a lo siguiente: La esposa debe someterse voluntariamente a su esposo a quien Dios le ha asignado como cabeza suya. Ella ha de reconocer que, en su calidad de cabeza, su esposo se halla tan íntimamente unido a ella y tan

profundamente preocupado de su bienestar, ¡que su relación hacia ella tiene como base el interés sacrificial de Cristo por su iglesia, la cual compró con su propia sangre!

Nos vienen a la mente aquellos pasajes del Antiguo Testamento en que vívidamente se describe el amor de Jehová por su pueblo. Hay, por ejemplo, la historia de la inquebrantable ternura de Oseas hacia su esposa Gomer. Aunque ésta no le fue fiel y yéndose tras otros “amantes” y concibiendo “hijos de fornicación”, Oseas, en lugar de rechazarla, se desliza a lugares de vergüenza, la compra por quince siclos de plata y un homer y medio de cebada, y la restaura a su anterior situación de honor.

El Señor, a través del profeta Oseas, nos revela la calidad de amor que tiene por su pueblo. Entonces, ¡ojalá que la esposa obedezca a su esposo que la ama tanto! Y que tenga siempre presente que al ser obediente a su esposo está obedeciendo a su Señor.

Pablo resume el contenido de los versículos 22 y 23 como sigue:

## 6. Iglesia y esposa

*Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.*

La sumisión es motivada no sólo por la convicción, “Esto es bueno y justo porque Dios lo demanda”, sino también por un amor en respuesta al amor de Cristo. Que esto mismo sea la realidad con respecto a la sumisión de las esposas a sus esposos. Además, la obediencia no debe ser parcial, de modo que la esposa obedezca a su esposo cuando sucede que los deseos de él coinciden con los de ella, sino completa: “en todo”. Esta frasecita no debe, por otro lado, ser interpretada como si dijese “absolutamente todo”. Si el esposo demandase de ella algo contrario a los principios morales y espirituales establecidos por Dios mismo, la sumisión sería incorrecta. Hecha esta excepción, no obstante, su obediencia debe ser completa. La exhortación dirigida a los esposos comienza como sigue:

## 7. Los esposos

*Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha.*

En toda esta sección se indica que la **sujeción mutua y voluntaria**, nacida del amor, es la base de las relaciones domésticas. La unión entre Cristo y su iglesia da una nueva dimensión a estas relaciones. Las familias de creyentes deben basarse en estos mismos principios. Para las mujeres, estar sujetas quiere decir que su sujeción está basada en el amor re-

cíproco. En este pasaje se combina la figura de la iglesia como cuerpo, cuya cabeza es Cristo, con la de la iglesia como esposa de Cristo. La relación de Cristo con la iglesia se presenta como modelo de la relación entre los esposos y el amor de Cristo se presenta como el modelo ideal para el amor del esposo hacia la esposa. En otras palabras, el marido debe amar a su esposa al punto de dar la vida por ella.

El amor requerido debe ser bien cimentado, íntegro, inteligente y definido, un amor en que toda la personalidad, no solamente las emociones sino también la mente y la voluntad, se exprese. La principal característica de este amor, no obstante, es que es espontáneo y abnegado, puesto que se compara al amor de Cristo que le llevó a darse a sí mismo por la iglesia. Un amor más excelente que éste no es concebible. Cuando un marido creyente ama a su esposa en esta forma, la obediencia por parte de ella se hace fácil. “Mi esposo me ama en forma tan profunda y es tan bueno conmigo que me apresuro para obedecerle”. ¡Es hermosa una relación así!

Cristo amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella, “*para santificarla*”, separándola para Dios y su servicio, positivamente; y negativamente: “*habiéndola purificado*”, es decir, liberándola de la culpa del pecado y la corrupción, siendo éste un proceso necesario que se desarrolla simultáneamente y no termina hasta la muerte.

Prosigue: “*en el lavamiento del agua*”. Este “lavamiento de (o: “con”) agua” difícilmente puede tener relación con algo que no sea el bautismo. Esto es bastante claro. Sin embargo, ¿significa esto que el rito como tal tiene el poder de purificar o santificar? Si así fuese tendríamos que retractarnos de todo lo que hemos escrito en el sentido de que la santificación y el limpiamiento constituyen dos aspectos de un proceso que dura toda la vida. Entonces el significado llegaría a ser sencillamente el siguiente: “Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella a fin de que por medio del rito del bautismo con agua pudiese santificarla y limpiarla”. En este caso un rito exterior impartiría un beneficio interno. ¡Qué tremendo significado recibiría el bautismo con agua! Este rito sería capaz de solucionar prácticamente todo. Habiendo alguien sido bautizado, muy poco más le sería necesario. La muerte de Cristo habría tenido lugar solamente para hacer posible ésta y única experiencia, de modo que por medio de ella el que la experimentase pudiese ser salvo por la eternidad.

No es el rito del bautismo con agua lo que salva. Es “el lavamiento de agua en conexión con la palabra hablada” lo que se usa como medio de santificación y limpiamiento. Nada existe en el contexto que nos indique que “la palabra hablada” se halle restringida a la fórmula bautismal. Dejemos que Pablo sea su propio intérprete. En el capítulo que viene de inmediato (6:7) dice a los efesios, “*Y tomad ... la espada del Espíritu que es la palabra de Dios*”. ¡Por cierto que no quiso decir que la espada del Espíritu que los creyentes deben



esgrimir sea solamente la fórmula bautismal! Por supuesto que es el evangelio, la entera Palabra de Dios.

Comparemos la petición de Cristo, “Santificalos en la verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). De ahí que en relación con el presente texto, la correcta interpretación es que, cuando el significado del bautismo se explica mediante la operación del Espíritu Santo a la mente y corazón de los que reciben el bautismo y, por supuesto, que esto tiene lugar durante la vida entera, el propósito de la muerte de Cristo se hace efectivo y los creyentes son santificados y limpiados.

No hay duda que el bautismo es importante. Es una bendición maravillosa. No es solamente un símbolo sino también un sello, una representación y una seguridad definida del hecho de que la bondadosa promesa de salvación tendrá indudablemente su cumplimiento en la vida del individuo bautizado que confía en Él. Por medio de este precioso sacramento la invitación de gracia a una entrega entera se torna muy vívida y muy personal. Sin embargo, fuera de la palabra aplicada por el Espíritu al corazón no tiene eficacia para salvar. Es tal como Calvino, al comentar sobre este pasaje, dice: “Si la palabra es retirada, todo el poder de los sacramentos desaparece. ¿Qué otra cosa son los sacramentos sino sellos de la palabra?... la palabra aquí significa la promesa, que explica el valor y uso de los signos”.

Habiendo declarado el propósito inmediato de la humillación voluntaria de Cristo, ahora Pablo indica el propósito final; o, expresándolo en forma diferente, muestra el fin para el cual Cristo santificó y limpió a la iglesia: “*a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa*”. La iglesia es aun ahora en esencia “la esposa de Cristo”. Sin embargo, todavía no se ha manifestado como tal en toda su belleza. La boda es algo reservado para el futuro.

A fin de entender el pasaje presente es necesario recordar las costumbres nupciales implicadas en las Escrituras.

### **7.1. El compromiso**

Esto era considerado más serio que lo que es un “noviazgo” en el día de hoy. Los votos del matrimonio eran pronunciados y aceptados ante testigos para luego recibir la bendición de Dios. Desde aquel día el novio y la novia son legalmente esposo y esposa.

### **7.2. El intervalo entre el compromiso y la fiesta de bodas**

Tal vez el novio pudo haber elegido este período para pagar la dote al padre de la novia, esto es, si no ha sido hecho antes. Además, ese intervalo tomaba más de 10 meses porque así se aseguraba que la novia no había sido embarazada por el novio.

### **7.3. La preparación y la procesión, preludio de la fiesta de bodas.**

La novia se prepara y adorna. El novio se atavía con su mejor traje y, acompañado de sus amigos, quienes cantan y llevan antorchas, se dirige a la casa de su prometida.

Él recibe a la novia y la conduce, con una procesión de retorno, al lugar donde se realizará la fiesta de bodas.

#### **7.4. La fiesta de bodas**

Incluyendo el banquete de bodas. Las festividades pueden durar siete días o aun catorce. Es aquí cuando finalmente se consuma el matrimonio.

Ahora bien, vez tras vez las Escrituras comparan la relación de amor entre Jehová y su pueblo, o entre Cristo y la iglesia, con la relación del esposo con su esposa. La iglesia está comprometida con Cristo. Cristo ha pagado la dote por ella. Ha comprado a la que es en esencia, y lo será escatológicamente, su esposa. El “intervalo” de una separación relativa ha llegado. Se refiere a la dispensación entera entre la ascensión de Cristo al cielo y su regreso. Es durante este período cuando la novia debe prepararse. Debe ataviarse de lino fino, puro y resplandeciente.

Pablo, no obstante, mira esta preparación de la esposa desde el punto de vista divino. Es el esposo mismo, Cristo, a quien aquí en el texto se le describe preparando a aquella que un día será manifestada como su esposa, a fin de que sea “esplendorosa en pureza”.

La presentación a que aquí se refiere debe considerarse como definitivamente escatológica, es decir, como refiriéndose a la gran consumación cuando Cristo regrese en las nubes de gloria. No solamente es verdad que “la esposa del Cordero” se prepara a sí misma, sino que Cristo mismo la prepara a fin de presentársela a sí mismo. El punto que se enfatiza es, por supuesto, que ella, la iglesia, nada puede hacer en sus propias fuerzas. Debe toda su belleza a Él, el esposo.

Es por esta razón única que cuando ella se manifieste en plenitud se verá tan resplandeciente en pureza que podrá responder a la descripción que aquí se da, a saber, “, *que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha.*” La combinación de estas palabras en el pasaje presente sencillamente enfatiza el hecho de que cuando en aquel gran día el victorioso Señor de señores y Rey de reyes se presente a la iglesia a sí mismo, ella no tendrá mancha moral o espiritual alguna.

A causa de su gran amor por ella el esposo se la presentará a sí mismo “santa e inmaculada. Es claro que esta obra de gozoso reconocimiento público la realiza con mira a sí mismo, para que con esto Él se regocije y sea glorificado, puesto que la salvación nunca tiene su meta final en el hombre sino siempre en Dios.

Sin embargo, ¿no es esta maravillosa bienvenida que la esposa recibirá también su honra suprema? ¿No indica además que ella es y será para siempre el objeto del supremo deleite del esposo?

## 8. El amor del esposo

*Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos*

Esto no quiere decir: deben amar a sus propias esposas tal como aman a sus propios cuerpos, sino que deben amar a sus propias esposas como siendo éstas sus propios cuerpos. El esposo es la cabeza de la esposa como Cristo es la cabeza de la iglesia. Entonces, así como la iglesia es el cuerpo de Cristo, así también la esposa es en un sentido el cuerpo del esposo. Tal es la íntima relación que existe entre ambos. Por tanto, los esposos deben amar a sus esposas.

A la luz del contexto que inmediatamente precede el pensamiento expresado ahora es que no sólo los esposos han de amar a sus esposas con un amor que llegue al sacrificio voluntario, tal como el amor de Cristo para con la iglesia, sino además, al hacerlo así, deben ayudar a sus esposas en el progreso de su santificación. ¡Indudablemente es una gran responsabilidad!

Los esposos deben amar a sus esposas por lo que ellas son y las han de amar hasta el punto de ayudarlas a ser lo que deben ser. “*El que ama a su mujer, a sí mismo se ama,*”, puesto que, como ya se ha implicado en la declaración precedente, la esposa es parte de él, es decir, ha llegado a constituir una íntima unidad con él. Ahora bien, si esta verdad, es decir, que la esposa es el cuerpo del esposo, ha sido bien asimilada, entonces el esposo indudablemente amará a su esposa, “*pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida*”. Cada una de estas palabras por derecho propio, y aun más en combinación entre sí, indica el cuidado que se presta al cuerpo. Por cierto que Pablo no está pensando solamente en que el cuerpo necesita únicamente alimento, vestimenta, y protección suficientes para lograr una mera existencia; se refiere realmente a aquel generoso, esmerado, constante y comprensivo cuidado que concedemos a nuestros cuerpos.

Prosigue: “*como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo*”. En ningún instante Cristo deja de cuidar tiernamente a su cuerpo, la iglesia. Estamos bajo su constante vigilancia. Sus ojos están permanentemente sobre nosotros, desde el comienzo del año hasta el final de él. Por tanto echamos toda nuestra ansiedad sobre Él, conscientes de su personal preocupación por nosotros, objetos de su muy especial providencia.

Es sorprendente como el apóstol, que se ha estado refiriendo a Cristo como la cabeza y a la iglesia como su cuerpo y quien, por clara implicación, ha descrito a Cristo como el esposo y a la iglesia como la esposa, ahora repentinamente hace referencia a los miembros indivi-

duales de aquel cuerpo, y aún más sorprendente, aunque no fuera de lo que le es habitual, se incluye a sí mismo: “*somos miembros de su cuerpo*”. La razón de esto debe ser que Pablo, el prisionero, esto nunca se debe perder de vista, se halla profundamente tocado por este maravilloso hecho de que su propia vida, también, está en el amor de aquel que se halla en el trono de celestial majestad y, añade Pablo, por decirlo así, así lo es para la vida de todos los creyentes.

Pablo los amaba a todos y jamás pensaba solamente en sí mismo. Consuela al apóstol el reflexionar en la verdad de que “Cristo no nos abandona cuando la tempestad arrecia, y nos sentimos confortados puesto que Él está cerca”. Por tanto, también, tal es su argumento, como miembros de su cuerpo, incitados por su ejemplo y capacitados por su Espíritu, debemos hacer con otros como Cristo hizo con nosotros. Y dado que Cristo, como nuestra cabeza, tan esmeradamente vela por nosotros, miembros de su cuerpo, ojalá que los maridos tomen esta verdad a pecho y se esfuercen por emular a Cristo en el amoroso cuidado que enfocan sobre sus cuerpos, vale decir, sobre sus esposas. Esto además, está en armonía con el mandamiento divino detallado en el Génesis, ordenanza que ha estado en el trasfondo del pensamiento de Pablo todo ese tiempo y que ahora finalmente cita, casi exactamente de acuerdo con la traducción griega de la Septuaginta del pasaje hebreo:

## 9. El mandamiento divino

*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne.*

Adán se regocijó cuando recibió a Eva de la mano de Jehová Dios y dio expresión a su gozo:

### **Génesis 2:23-24**

*Dijo entonces Adán:*

*«¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!*

*Será llamada “Mujer”, porque del hombre fue tomada».*

*Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne.*

“*¡Esto es ahora, hueso de mis huesos y carne de mi carne! Ella será llamada Ishshah (Varona), porque del Ish (Varón) fue tomada*”. Y sigue: “Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre”, etc. El razonamiento de Génesis seguiría en consecuencia el siguiente orden: dado que, en virtud de creación, el lazo entre esposo y esposa es más fuerte que cualquiera otra relación humana, siendo superior aun que la existente entre padres e hijos, se establece por tanto que el hombre debe dejar a su padre y a su madre y se unirá a su esposa. Dios basa bondadosamente su ordenanza matrimonial sobre la propia inclinación natural del hombre, la atracción o deseo con que el Todopoderoso dotó al hombre. Prosigue la

cita: “y los dos serán una sola carne.” Además de cualquier significado relativo de la unidad de mente, corazón, propósito, etc., básicamente, y según las palabras (unir, carne) en su combinación implican, la referencia es a la unión sexual. En sentido muy real, entonces, ellos ya no son más dos sino uno. Al considerar el hecho de que tal íntimo acto conyugal figura aquí en un contexto de amor tan profundo, tan abnegado, tan tierno y puro que es (este amor) paralelo al modelo de Cristo para su iglesia, resulta evidente que jamás se ha ofrecido más noble descripción de la relación entre el esposo y su esposa y ni siquiera es posible. De paso, se nos muestra aquí también que la vida cristiana integral abarca todas las fases de la vida sin excluir el sexo. La cadena de nuestra conducta como creyentes es tan fuerte como el más débil de los eslabones. Pablo agrega:

## 10. El misterio

*Grande es este misterio, pero yo me refiero a Cristo y a la iglesia.*

Pablo acababa de hablar acerca de una ordenanza del matrimonio, según la cual dos personas llegan a un estado de unión tan íntima, que en cierto sentido han llegado a ser uno. “*Grande es este misterio*”, dice. Debe, por tanto, estar refiriéndose al matrimonio. Sin embargo, deja bien en claro que no está hablando única y exclusivamente del matrimonio mismo. Menciona en forma inconfundible una vez más el lazo existente entre esta ordenanza y la relación Cristo-iglesia. ¿Qué se quiere significar aquí por el misterio, vale decir, por el secreto que de no haber sido revelado habría quedado oculto? Evidentemente Pablo quiere decir que el misterio es la comparación que se hace del matrimonio con la unión entre Cristo y la iglesia. La unión de Cristo con la iglesia, que movió al Hijo unigénito de Dios en forma tal que desde la relación de eterno deleite en la presencia de su Padre se sumergiera en las espantosas tinieblas y terribles angustias del Calvario, salvando a su pueblo rebelde, elegido de entre todas las naciones, y aun llegando a morar en sus corazones por medio de su Espíritu, a fin de presentárselos—aunque totalmente indignos—a sí mismo como su propia esposa, con quien llegó a tener tan íntima comunión que no existe en el mundo metáfora alguna que se le pueda aplicar. Tal unión es por sí misma un misterio.

Este maravilloso amor, esta dichosa relación Cristo-iglesia, se ve realmente reflejado aquí en la tierra en la unión de un esposo con su esposa, de modo que, mediante el poder del primero (Cristo-iglesia), este último (esposo-esposa) es capaz de funcionar más gloriosamente, brindando a ambos la suprema felicidad, bendición a la humanidad, y gloria a Dios; ¡esto es, de veras, el supremo misterio! Este concepto del matrimonio no debe ser jamás olvidado por los que se han unido por los lazos del matrimonio cristiano. El esposo debe preguntarse cada día, “¿Está revelando mi amor por mi esposa las características del amor de Cristo por su iglesia?” Tal ideal nunca debe ser abandonado. Un próximo paso para la realización de esto se menciona en las palabras que siguen:

## 11. El corolario

*Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.*

En este pasaje encontramos la idea final de Pablo acerca del matrimonio. Los hombres deben amar a su mujer como así mismos. Su amor debe exceder entonces su egoísmo. La mujer por otra parte debe respetar a su marido. La doble sujeción es clara aquí. El respeto se hace manifiesto por el mandato de que el hombre sea cabeza y el hombre debe ejercer su liderazgo como Cristo, esto es, cuidando y amando a su mujer, como Cristo amó a su iglesia y dio su vida por ella. No hay espacio para dictadores o manifestaciones esclavizantes. Solo hay espacio para una relación de mutuo respeto y amor.

## 12. Conclusión

En esta carta, Pablo se expande cuando abarca las relaciones matrimoniales. Él afirma que el amor:

### 12.1. Debe ser un amor sacrificial

El marido debe amar a su esposa como Cristo amó a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella. No debe ser nunca un amor egoísta. Cristo amó a la Iglesia, no para que la Iglesia hiciera cosas por Él, sino para hacer Él cosas por ella.

Crisóstomo hace un desarrollo maravilloso de este pasaje: «¿Te has dado cuenta de cuál es la medida de la obediencia? Presta atención también a la medida del amor. ¿Te gustaría que tu mujer te obedeciera como obedece la Iglesia a Cristo? Ten de ella el mismo cuidado que tiene Cristo de la Iglesia. Y, si fuera necesario que dieras tu vida por ella, o que se te descuartizara mil veces, o sufrir lo que fuera por ella, no lo rechaces... Cristo trajo a la Iglesia a sus pies por medio del gran cuidado que tuvo de ella, no con amenazas ni con temor ni con cosas parecidas; compórtate tú así con tu mujer.»

El marido es el cabeza de la mujer, cierto, Pablo lo dice; pero también dice que el marido debe amar a su mujer como Cristo amó a la Iglesia, con un amor que nunca ejerce una tiranía de control, sino que está dispuesto a hacer cualquier sacrificio por el bien de la esposa.

### 12.2. Debe ser un amor purificador

Cristo limpió y consagró a la Iglesia por medio del agua del Bautismo el día en que cada miembro de la Iglesia hizo su confesión de fe. Bien puede ser que Pablo tuviera en mente una costumbre griega. Una de las costumbres griegas del matrimonio era que, antes de que la esposa fuera llevada a su marido, se bañaba en el agua de una

corriente consagrada a algún dios o diosa. En Atenas, por ejemplo, la novia se bañaba en las aguas del Calirroe, que estaba consagrado a la diosa Atenea.

Pablo está pensando en el Bautismo. Mediante el agua del Bautismo y la confesión de fe, Cristo buscó hacer una Iglesia para Sí, limpia y consagrada, de tal manera que no le quedara ninguna mancha que la ensuciara ni arruga que la afeara. Cualquier amor que arrastra a una persona hacia abajo es falso. Cualquier amor que insensibiliza en lugar de suavizar el carácter, que recurre al engaño, que debilita la fibra moral, no es amor. El verdadero amor es el gran purificador de la vida.

### **12.3. Debe ser un amor que cuida**

Un hombre debe amar a su mujer como ama su propio cuerpo. El verdadero amor no ama para obtener servicios, ni para asegurarse la satisfacción de sus necesidades físicas; se preocupa de la persona amada. Hay algo que no es como es debido cuando un hombre considera a su mujer, consciente o inconscientemente, simplemente como la que le hace la comida y le lava la ropa y le limpia la casa y le cuida a los hijos.

### **12.4. Es un amor inquebrantable**

Por este amor un hombre deja padre y madre y se une a su mujer. Ambos llegan a ser una sola carne. Él está unido a ella como los miembros del cuerpo están unidos entre sí y el separarse de ella sería para él como el desgarrar los miembros de su cuerpo. Aquí tenemos sin duda un ideal para una edad en la que se cambiaba, o se cambia de cónyuge tan fácilmente como se cambia de ropa.

Toda la relación se realiza en el Señor. En el hogar cristiano Jesús está siempre presente, aunque invisible. En un matrimonio cristiano no están implicadas dos personas, sino tres y la tercera es Cristo.

